

situación de Ataulfo iba haciéndose, sin embargo, peligrosa; teniendo que luchar contra Constancio, el mejor de los generales de Honorio, fué á España á probar fortuna. A su paso por Aquitania, puso sitio á Bazas, surgiendo entonces un incidente que aclara la historia de aquel tiempo. A la anarquía que desolaba á la Galia mezclábanse luchas sociales, pues las clases inferiores, exasperadas por largos sufrimientos, pensaban aprovecharse de las desgracias públicas para vengarse de los «poderosos.» En Bazas, la plebe y los esclavos se sublevaron soñando con la matanza de los nobles, á pesar de lo cual la ciudad no fué tomada; pero el recuerdo de aquel acontecimiento siguió siendo popular y en el siglo vi se refería que una visión milagrosa había decidido la retirada de los bárbaros.

Ataulfo fué asesinado en Barcelona y en seguida estalló una reacción bárbara contra su política. Placidia, confundida con otros prisioneros, hubo de caminar por espacio de doce millas delante del carro de Sigerico, el nuevo rey, que también murió á manos de un asesino. El rey Walia pudo, por fin, entrar en tratos con Honorio restituyéndole á Placidia, que se casó con Constancio. Los godos, nuevamente reconocidos como federados, reaparecieron en 419 en la Galia y el Imperio les dió la segunda Aquitania y algunas ciudades vecinas, desde Tolosa hasta el Océano, asegurándoles de este modo la posesión de Burdeos, Agén, Angulema, Saintes, Poitiers, Perigueux, Auch, Bazas y Lectoure. Instalados en esas ricas comarcas, combatieron durante el reinado de Teodosio I (419-451) con los generales romanos, unas veces contra los vándalos y otras contra los usurpadores que intentaban apoderarse del poder imperial.

Al Nordeste, los burgundios, que se habían visto arrastrados en 406 por la invasión, en 413, según dice un cronista, «obtuvieron la parte de la Galia vecina al Rhin,» sin duda una parte de la Germania superior, que tenía á Worms por centro: la epopeya de los Niebelungos, eco tal vez de una tradición fiel, pondrá allí la residencia de su rey. Una fracción del pueblo burgundio permaneció todavía establecida en la orilla derecha del Rhin.

Los alamanes se diseminaban por la región que más tarde fué la Alsacia, por el valle del Doubs, por Suiza y, más hacia el Norte, por el valle del Mosela. Los francos del Este, á quienes más adelante se denominó ripuarios, habían tomado Tréveris en 413 y la conservaban en su poder, no tardando en llegar hasta el Mosa y el Sambre, al mismo tiempo que se extendían hacia el Sur. El estudio de las fronteras que aun en nuestros días separan la lengua francesa de la alemana ayuda á determinar en cuáles regiones se establecieron en masa los germanos; en el Nordeste, el límite no ha variado desde el siglo vi (1).

Los francos del Norte ocupaban la Bélgica, residiendo el rey Clodio en Dispargum, en los límites de la Toxandria. Preciso es renunciar á identificar Dispargum y aun de la Toxandria sólo puede decirse con certeza que estaba situada en la orilla izquierda del Rhin. La inmigración franca se desarrolló libremente al Nor-

(1) Pfister, *La limite de la langue française et de la langue allemande en Alsace-Lorraine*, 1888.

te de la vasta selva Charbonniere, que se extendía al Sur de Bélgica, desde el Escalda hasta las Ardenas, región salvaje, desierta, en la que apenas habían penetrado los romanos. De aquí la frecuencia con que en el Sur de Bélgica y en los departamentos del Norte y del Paso de Calais encontramos nombres de lugares terminados en *hem, ghem, ghien, ain, sala, seele, zele*, que indican la vivienda y que vemos unidos á otros sufijos germánicos (*hof ó hove*, granja; *burg, bourg*, altura fortificada; *forth, furt, woorde*, vado; *loo*, bosque; *dal*, valle). Al Sudeste, la expansión de los francos se detuvo ante la gran calzada romana de Bavay á Colonia, defendida por numerosos fuertes; y cuando en tiempo de Clodio avanzaron por esas regiones, conquistaron el país sin establecerse en él en grandes masas; por esto son raros en la región de Cambrai y en el Artois meridional los nombres de lugares de forma franca. El verdadero territorio franco tuvo por límites meridionales el Lys y la selva Charbonniere, y así se explica cómo se formó esta región flamenca, germánica de origen, de raza y de lengua, que penetra como una cuña en el Nordeste de Francia (2).

Sidonio Apolinario describió á los francos de su tiempo en los términos siguientes:

«Sus cabellos rojos caen del vértice de la cabeza hasta la frente, dejando en descubierto la nuca; sus ojos son verdosos y húmedos, su rostro afeitado y el peine en vez de barba sólo encuentra bigotes poco poblados. Trajes ajustados oprimen los miembros de estos guerreros de elevada estatura, dejando descubierta la pantorrilla, y un ancho cinturón ciñe su estrecho vientre. Para ellos es cosa de juego arrojar lejos sus hachas de mano, pues de antemano están seguros de que darán en el blanco, ó hacer girar sus escudos ó saltar de un brinco sobre el enemigo adelantándose á la jabalina que han lanzado. Desde la infancia su pasión es la guerra, y si son aplastados por la superioridad del número ó á consecuencia de una mala situación, la muerte los abate, pero no el temor.»

En diversos puntos de Bélgica, especialmente en las comarcas de Namour y de Charleroi, las excavaciones arqueológicas han puesto al descubierto las huellas de la ocupación franca, habiéndose extraído de los cementerios de Samson, de Spontin y de Furfooz, abundantes joyas y armas que permiten reconstituir la fisonomía del guerrero franco. La saya ó túnica se sujetaba por medio de botones ó de fibulas, y un cinturón de cuero, abrochado con una ancha hebilla de hierro damasquinado de plata ó de bronce grabado, la ceñía al cuerpo. De este cinturón colgaban la larga espada con puño de madera ó de hueso, ó la espada corta, el cuchillo, *scramasax*, metido en una vaina de madera cubierta de cuero, un puñal, un peine de hueso ó de madera, unas tijeras y una bolsa con monedas y otros objetos pequeños como punzones y llaves. Sujeta á él llevaban tam-

(2) Kurth, *La frontière linguistique en Belgique et dans le nord de la France*, 1895. Véase también Wauters, *Les origines de la population flamande en Belgique*, «Bulletin de l'Académie de Belgique», 1885. Van der Kindere, *Les origines de la population flamande*, de la misma colección y del mismo año, que opina en pro del origen sajón. Pirenne, *Histoire de Belgique*, tomo I, 1900. Desde el siglo XIII el francés ha recuperado terreno sobre el flamenco.

bién el hacha de un solo filo ó *francisca*, el arma por excelencia de los francos, que se servían de ella lo mismo de cerca que de lejos lanzándola contra el enemigo. El *angón* era una azagaya de hierro cuyo mango de madera iba provisto de una cuerda y cuya punta tenía algunos garfios que hacían peligrosísimas las heridas. La lanza, *framea*, presentaba al extremo del mango de madera un hierro plano sólidamente adaptado y adornado á veces con dibujos en hueco. Servíanse asimismo del arco: el arma, que era de madera, ha desaparecido, pero se han encontrado hierros de flechas. Como arma defensiva no tenían más que el escudo de madera ó de mimbre tejido y cubierto de piel, unas veces ovalado, otras redondo y de unos 50 á 70 centímetros de largo: en el interior tenía una empuñadura, y en el exterior, en el centro, una pieza de metal, el *umbo*, que algunas tiras de hierro unían á menudo con un ribete circular, también de hierro. Las tumbas no contienen cascos, lo cual indica que la cabeza debía ir descubierta. En los dedos de los esqueletos se encuentran sortijas de bronce adornadas con letras y dibujos en hueco ó con piedras, y en las tumbas de mujeres collares de perlas, de oro, de ámbar y de cristal, pendientes y brazaletes. De vez en cuando, en estos objetos funerarios, una mezcla de gusto bárbaro y de gusto romano recuerda que aquellos guerreros de las orillas del Rhin sintieron ya la influencia de la civilización romana (1). Por otra parte, no todos los francos emigraron á la orilla izquierda del Rhin, sino que todavía un gran número de ellos habitaban al otro lado del río.

Los sajones cometen libremente sus devastaciones en las costas.

«Para estos piratas, escribe Sidonio, es cosa de juego surcar el mar de Bretaña en cueros cosidos... Mientras se trate de saqueo, todos saben mandar y obedecer, enseñar y recibir lecciones... De todos los enemigos, el sajón es el más cruel: ataca de improviso y frustra las sorpresas, desprecia á los que resisten y aplasta á los imprudentes indefensos... Los sajones se burlan de la tempestad y antes de hacerse á la vela para su país suelen diezmar á sus prisioneros.»

El litoral de la Galia por ellos devastado y que se extiende desde la desembocadura del Rhin á la del Loira, toma el nombre significativo de *Litus Saxonium*. Tienen establecimientos en distintos puntos, en Bayeux, en las islas de la desembocadura del Loira y desde ellos avanzan más hacia el Sur. En la biografía de Viviano, obispo de Saintes, que vivió en aquel tiempo, se habla de una incursión de los sajones que se presentaron allí «con numerosos buques;» según una leyenda, Saintes fué salvada por las oraciones de Viviano y los bárbaros huyeron espantados por una visión.

III.—Acio y Atila

De modo que la Galia por todas partes se llenaba de bárbaros y aun los mismos á quienes Roma reconocía como federados estaban siempre dispuestos á extenderse

(1) *Mémoires, rapports en vue du Congrès de Charleroi en 1888 et Comptes rendus* del mismo congreso (Memorias de Van Bastelaer, Tahon, de Loe, Bequet). Los objetos procedentes de esas excavaciones están en gran parte en el Museo de Namur. Barrière-Flavy, *Les arts industriels des peuples barbares de la Gaule*, 1901.

fuera de los territorios que les habían sido señalados, dependiendo su obediencia y su fidelidad de la habilidad y de la energía de los generales romanos, encargados de hacerles respetar los tratados. Acio desempeñó este papel en Galia durante unos veinticinco años, mientras Placidia gobernaba el Imperio en nombre de su hijo Valentiniano III.

En el Sudoeste, el rey godo Teodorico era un aliado muy poco seguro, que casaba á una de sus hijas con Requiar, rey de los suevos, y á otra con Hunerico, rey de los vándalos, y trataba de extenderse por el valle del Ródano. Acio lo combatió en diversas ocasiones. En el Nordeste, los burgundios que faltaban á los convenios hechos con Roma fueron castigados, y poco tiempo después un grupo de hunos que habían avanzado hasta el Rhin les infligieron una sangrienta derrota cuyo recuerdo ha conservado el poema de los Niebelungos (2). Entonces Acio, juzgando que los burgundios habían dejado de ser peligrosos, estableció, hacia el año 443, los restos de los mis-

443 mos en la Sabaudia (Savoia), que se extendía alrededor de Ginebra. En el Noroeste, en la misma época, la Armórica había expulsado á los funcionarios romanos: Acio la entregó al rey alano Eocarico y á sus hordas, y aquel desventurado país fué devastado durante diez años. Las construcciones romanas allí descubiertas presentan huellas de incendios, muchos de los cuales datan indudablemente de aquella época.

Al Norte, Acio rechazó á los francos que mandados por Clodio se habían apoderado de Tournai y de Cambrai y avanzaban hasta el Somma, y á quienes sorprendió en Helena (Hesdin le Vieux) á orillas del Canche.

«En una colina cercana al río, escribe Sidonio Apolinario, los bárbaros celebraban un himeneo con cantos y danzas á la manera de los escitas: una novia rubia se casaba con un novio rubio como ella. Todos fueron destrozados... En los carros veíanse brillar los preparativos de la fiesta, los platos, las viandas, los calderos repletos, coronados de guirnaldas que en ellos amontonaban los bárbaros. Con los carros cayó también la novia en poder del vencedor.»

Ignórase la fecha exacta de aquel combate (entre 431 y 451) y tampoco se sabe si tomó parte en él el rey Clodio. Los francos pidieron la paz, pero continuaron

(2) Respecto del origen histórico del poema de los Niebelungos, véase Lichtenberger, *Le poème et la légende des Niebelungen*, 1891.



Acio. (Relieve de un diptico de Monza, siglo v.)

siendo dueños de la mayor parte del país conquistado.

Aecio con su actividad y su valor había sabido inspirar á los bárbaros el respeto de su autoridad; por esto, cuando á mediados del siglo V las hordas húngicas cayeron sobre la Galia, en torno de él se agruparon los germanos y los galo-romanos, igualmente amenazados (1).

Atila había reunido bajo su poder á las tribus de los hunos, y establecido entre el Danubio y el Theiss, hacía temblar al imperio de Oriente. Un griego, Prisco, que formó parte de una embajada enviada á Atila, ha descrito el modo de ser extraño de aquella corte bárbara y la sencillez ruda y el carácter violento del caudillo. La actitud enérgica de un nuevo emperador, Marciano, decidió á Atila á dirigirse hacia el Occidente: la Galia, en donde Aecio lucha contra pueblos divididos entre sí, se le aparece como una presa rica y fácil y entonces pide á Valentiniano III, el emperador de Occidente, la mano de su hermana Honoria declarando que también él es aliado y amigo de Roma y que no entra en la Galia más que para combatir contra los visigodos.

451 En 451 pasó el Rhin, entre Worms y Bingen, al frente de una multitud de pueblos tártaros y germánicos y se encaminó á Metz, adonde llegó el día 6 de abril, asesinando á los habitantes é incendiando la ciudad; en el siglo VI se decía que solamente se había salvado de la ruina el oratorio de San Esteban. París está amenazada y sus habitantes querían huir, pero una doncella consagrada á Cristo, Genoveva, trató de infundirles valor, prediciéndoles que la ciudad no sería atacada; los hechos le dieron la razón. En efecto, Atila marcha sobre Orleans cuyo obispo Aignán ha ido á implorar el auxilio de Aecio, el cual llega procedente de Italia, acudiendo á su llamamiento los francos, la mayor parte de los burgundios, los armoricanos y hasta los visigodos. De suerte que los bárbaros establecidos en la Galia unían sus esfuerzos para defenderla contra nuevos conquistadores.

Atila sitiaba á Orleans, y aun tal vez había entrado en ella, cuando los aliados le atacaron. Junto á la ciudad se trabó un primero y furioso combate, y el día 14 de junio quedaba levantado el sitio y Atila se retiraba. En Mauriac, en las inmediaciones de Troyes (probablemente en Moirey, aldea actualmente destruída), libróse la segunda batalla que duró tres días y refiriéndose á la cual se dijo posteriormente que el arroyo que atraviesa la llanura habíase convertido en torrente á consecuencia de la sangre que aumentó su caudal. Atila, al verse derrotado, retiróse, al parecer, detrás de sus carros, dispuesto á prenderles fuego si le perseguían (2); pero habiéndole los vencedores dejado partir, saqueó por el camino á Tréveris y al año siguiente cayó sobre Italia. La Galia estaba salvada, pero el peligro que había corrido impresionó vivamente las imaginaciones, y al lado de aquellos recuerdos crecieron piadosas ficciones que presentaron junto á Aecio, el libertador de aquel país, á los obispos Auctor de Metz, Aignán de Orleans y Lupu de Troyes, y en París á Genoveva, como protectores

(1) Amadeo Thierry, *Histoire d'Attila*, 1864. De Barthelemy, *La campagne d'Attila*, «Revue des questions historiques», 1870. Kohler, *Etude critique sur la vie de Sainte Geneviève*, 1881. Girard, *Le Campus Mauriacus*, «Revue Historique», 1885. Cuissard, *La bataille de Mauriac*, «Revue de Champagne et de Brie», 1887.

(2) El relato de Jordanis, cuyo carácter pintoresco ha seducido á los historiadores, debe inspirar serias desconfianzas.

de sus ciudades. Hasta poblaciones por donde no había pasado Atila quisieron tener su leyenda.

Pocos años después, en 454, moría Aecio: «Con él, dice el cronista conde Marcellin, cayó el Imperio de Occidente, que ya no pudo volver á levantarse.»

IV.—Los galo-romanos y los bárbaros

En aquella fecha podemos colocarnos para examinar cuál era, desde hacía medio siglo, la verdadera situación de la Galia y cómo vivían juntos los antiguos habitantes y los bárbaros.

Han sostenido algunos que la llegada de estos nuevos ocupantes no había sido violenta y que los saqueos y los excesos no habían pasado de hechos aislados; afirmar esto, sin embargo, es prescindir del testimonio de los contemporáneos que nos describen el tiempo en que vivieron como una época de pruebas terribles y de ruinas. El retórico Claudio Mario Víctor, por ejemplo, en una carta escrita en 415 á Salomón, abad de San Víctor de Marsella, habla del bárbaro que se arroja sobre las riquezas y sobre los colonos y deplora «los estragos del sármata (quizás el godo), los incendios del vándalo y los saqueos del alano rápido.» Oriencio, obispo de Auch, que escribe entre 430 y 440 en los países ocupados por los visigodos, declara que ni los bosques, ni las ásperas montañas, ni los ríos, ni los castillos, ni las ciudades protegidas por las murallas, ni los desiertos pudieron poner á las poblaciones al abrigo de los bárbaros. «En los burgos, en los campos, en las ciudades, en todas partes, en una palabra, reinan la muerte, el dolor, la destrucción, las matanzas, los incendios, los duelos; toda la Galia ha ardido en una misma hoguera.» «¿Dónde están ahora, dice otro cristiano galo-romano, las riquezas de los poderosos? Aquel que tenía cien arados para abrir la tierra, pasa apuros para tener bueyes; el que cruzaba por las ciudades en soberbios carros, recorre con fatigada planta la desierta campiña; el que poseía diez grandes buques que bogaban por el mar, guía ahora por sí mismo una pequeña barca. Campos, ciudades, todo ha variado de aspecto, todo ha sido arrastrado en precipitada caída á la ruina.» El autor del poema *Sobre la Providencia de Dios* se expresa en términos todavía más concretos: en el momento de escribir, la Galia está desde hace diez años «bajo la espada vandálica y gótica;» todo ha sido devastado; los bárbaros han asesinado en revuelta confusión á la plebe y á la nobleza, á los viejos, á los niños y á las doncellas. Nos presenta á los godos ocupando las quintas de recreo, robando dinero y muebles, repartiendo los brazaletes entre sus mujeres, bebiéndose el vino, llevándose los rebaños é incendiando las casas; las iglesias han sido destruídas por el fuego, los vasos sagrados profanados y los obispos han sufrido la misma suerte que los fieles, habiendo sido fustigados, quemados y encadenados. Píntase á sí mismo «cubierto de polvo, cargado con un fardo, caminando penosamente en medio de los carros y de las armas de los godos, al lado de su obispo expulsado de su ciudad destruída por las llamas,» y se da cuenta de la gravedad de la invasión y de la ruina de la patria: «Cuando se ofrece á nuestra vista la patria humeante, cuando recordamos todo lo que ha perecido, el dolor nos quebranta y nuestros rostros se llenan de lágrimas que no podemos contener.»

El historiador no tiene el derecho de recusar estos conmovedores lamentos tan á menudo repetidos y que están confirmados por los hechos (1).

Cuando los recién llegados se fijaron en el país, sus relaciones con los antiguos habitantes tomaron otro carácter, pues fué preciso concederles un puesto regular en el territorio y proceder á repartos de tierras. En varias ocasiones hablan los cronistas de las comarcas que en la Galia fueron cedidas á pueblos bárbaros «para que se las repartieran con los habitantes;» algunos documentos exactos indican las reglas que adoptaron los visigodos y los burgundios, y aunque no datan sino de la segunda mitad del siglo V la situación que nos dan á conocer es seguramente de época anterior (2).

Durante el Imperio, cuando algunas tropas se establecían en algún sitio de una manera permanente, eran alojadas en las casas particulares: á esto se llamaba *hospitalidad*, y el propietario proporcionaba al forastero viveres y le cedía una tercera parte de su vivienda. Esta institución, de la que se habían beneficiado ya muchos bárbaros al servicio del Imperio, sirvió de modelo á los nuevos repartos, sólo que se aplicó á la tierra misma: los burgundios recibieron el tercio de los esclavos y dos tercios de las tierras, condiciones que más tarde se suavizaron, y lo mismo se repartían los bosques que los campos cultivados. A esta distribución se le aplicaba todavía el antiguo vocablo de «hospitalidad» y la tierra que recibía cada nuevo ocupante se denominaba *sors*, lo que significaba no un terreno sacado en suerte, sino un lote de terreno. Los visigodos tuvieron también las dos terceras partes de las tierras de los galo-romanos sometidas á reparto. Han querido algunos presentar á esos bárbaros como colonos al servicio de los antiguos propietarios, pero se equivocan los que tal pretenden, puesto que aquéllos disponían de sus tierras, las transmitían por herencia y aun en ciertos casos podían enajenarlas. La ley burgundia designa con el nombre de *consortes* á los antiguos y á los nuevos habitantes, lo cual indica, cuando menos, una especie de copropiedad si no la propiedad absoluta.

Esta desposesión parcial revistió, pues, formas legales y jurídicas, y en este sentido ha podido decirse «que no había en ello ni invasión ni conquista, sino un mal que se parecía mucho al que la invasión y la conquista de ordinario producen.» Estos repartos fueron á veces acompañados de violencias; así los cronistas refieren, aunque sin entrar en detalles, que cuando Aecio concedió á los alanos territorios que debían repartirse con los galo-romanos, éstos se resistieron, en vista de lo cual aquéllos expulsaron á los propietarios y se apoderaron del suelo. Sin embargo, las antiguas poblaciones se sometieron por regla general al reparto, además de que la desposesión no afectó á todos los propietarios. Com-

(1) Véase, por ejemplo, Lecrivain, *Un épisode inconnu de l'histoire des Wisigoths*, «Annales du Midi», 1889.

(2) Respecto de esta cuestión, véase especialmente la obra antigua, pero que no ha perdido su valor, de Gaupp *Die germanischen Ansiedlungen und Landtheilungen*, 1844. Fustel de Coulanges, *Nouvelles recherches sur quelques problèmes d'histoire*, 1891, páginas 279 y siguientes. Julián Havet, *Du partage entre les Romains et les Barbares chez les Romains et les Wisigoths*, en el tomo II de sus obras, 1896. Saleilles, *De l'établissement des Burgondes sur les domaines des Gallo-Romains*, en la «Revue bourguignonne de l'Enseignement Supérieur», 1891.

parados con los antiguos habitantes, los visigodos y los burgundios eran poco numerosos; en un principio se señaló á un cierto número de ellos una parte de las tierras de dominio público, las tierras vacantes, siendo los demás instalados á expensas de los grandes propietarios. Estos últimos fueron, por consiguiente, los que más sufrieron; pero el tercio que conservaban era á menudo bastante extenso para asegurarles el bienestar. Por otra parte, á medida que la ocupación se consolidaba, los mismos reyes bárbaros estaban interesados en evitar los excesos y en no exasperar á las poblaciones entre las cuales vivían. Paulino de Pella, que, como hemos visto, había sido expulsado de Burdeos cuando la llegada de los visigodos, después de mil vicisitudes vivía á mediados del siglo V en Marsella de los restos de su fortuna; un godo entró en deseos de poseer una de sus fincas situada cerca de Burdeos, mas no se apoderó de ella, sino que quiso comprarla, y al efecto envió á Paulino una cantidad con la que éste se contentó, aun siendo como era inferior al valor de la finca. De manera que en aquella fecha los godos de Aquitania respetaban los bienes de los mismos que habían abandonado el país y cuyas casas habían ellos saqueado en el momento de la invasión. En el siglo V, como en el IV, los miembros de la aristocracia galo-romana viven todavía lejos de las ciudades, en el campo, en ricas quintas, gozando allí de una tranquilidad relativa.

Y aun sucedió que las relaciones de vecindad que se establecieron contribuyeron á calmar los ánimos: vencedores y vencidos aprendían á conocerse y á auxiliarse mutuamente, y el humor brutal de los bárbaros se suavizaba, pues aquellas naturalezas rudas, cuando no estaban exaltados por el ardor del combate ó del saqueo, no siempre eran malos. Los burgundios sobre todo eran muy buenas gentes, trabajadores y de carácter pacífico: Sidonio Apolinario, que los ha tenido de huéspedes, dice que mortifican sus aficiones, su amor propio de galo-romano, y se burla de esos gigantes de siete pies, «de cabellos engrasados con manteca rancia,» que huelen á ajo y á cebolla, pero se limita á lamentarse de que su presencia ponga en fuga á la musa. Fuerza es añadir, sin embargo, que no se atrevía á hablar demasiado; así en una carta á uno de sus amigos refiere una fiesta que se celebró en Lyon en el sepulcro de San Justo: hablóse en ella largamente, «mas no se trató de los poderes, dice, ni de los impuestos; no hubo conceptos denunciabiles ni traidor para denunciarlos.» En el Sudoeste, los visigodos ya no causaban á las poblaciones tanto terror: la «paz gótica tenía sus partidarios y algunos romanos de noble alcurnia habían entrado en la corte de los reyes godos y gozaban del favor de éstos.» «Los bárbaros, escribía Orosio pocos años después de la llegada de los godos, abominan de sus espadas, vuelven sus ojos al arado y tratan como aliados y como amigos á los romanos que permanecen en los países por ellos ocupados; por esto hay romanos que prefieren vivir en medio de los bárbaros, pobres, pero libres, á vivir agobiados de impuestos bajo la protección de los funcionarios romanos.» Paulino de Pella veía cómo sus hijos le abandonaban y se volvían á Burdeos porque esperaban, dice, más libertad, aun tratándose de un país cuyo territorio se partía con los bárbaros.

En el Norte, el establecimiento de los francos tuvo